

1809

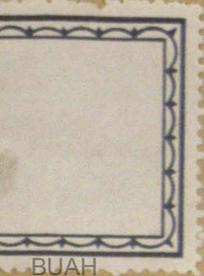
EL MONUMENTO
A
CERVANTES

Notas taquigráficas del discurso
del Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo ante
la Comisión organizadora del Monumento,
presidida por S. M. el Rey.

8 de Mayo de 1905. — 4 de Mayo de 1926.



MADRID
IMPRESA DEL SUCESOR DE ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Santa María de la Cabeza, 1.
1926



F.A.

72

(46)

COR

BUAH

FA

72
(46)
COR

UNIVERSIDAD DE ALCALA



5902431075

EL MONUMENTO
A
CERVANTES

Notas taquigráficas del discurso
del Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo ante
la Comisión organizadora del Monumento,
presidida por S. M. el Rey.

8 de Mayo de 1905.—4 de Mayo de 1926.



R. 24.347

MADRID
IMPRIMTA DEL SUCESOR DE ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Santa María de la Cabeza núm. 1.
1926

EL MOVIMIENTO

EL MOVIMIENTO EN ESPAÑA DE CERVANTES

En el momento de la publicación de esta obra, el movimiento en España de Cervantes, se encontraba en un estado de incertidumbre y de confusión. Los estudios sobre el autor habían sido escasos y fragmentarios, y se necesitaba un trabajo que reuniera y ordenara los datos dispersos en las bibliografías y en las obras de los investigadores.

Este libro, que es el resultado de un trabajo de investigación y de una labor de síntesis, pretende ser una obra de referencia para los estudiosos de Cervantes y para los lectores interesados en su vida y en su obra. El autor ha procurado ser objetivo y riguroso en su análisis, y ha buscado presentar una visión clara y completa del movimiento cervantino en España.

El libro está dividido en tres partes. La primera trata de la vida de Cervantes, desde su nacimiento hasta su muerte. La segunda trata de su obra literaria, y la tercera de su influencia en España.

El libro es una obra de gran interés y de gran utilidad para los estudiosos de Cervantes y para los lectores interesados en su vida y en su obra.

EL MONUMENTO EN HONOR DE CERVANTES ⁽¹⁾

SEÑOR,

Señoras y señores:

No parece fácil de explicar el hecho de que, no siendo yo individuo de esta Junta organizadora del monumento al más insigne de los escritores castellanos, sea quien hoy lleve ante vosotros la palabra para recordar la deuda de agradecimiento, de justicia y de patriotismo que tenemos contraída con Miguel de Cervantes Saavedra.

Muchas veces se ha repetido con motivos bien diversos, una frase famosísima, con la cual reanudaba, después de áspero cautiverio, sus lecciones en la Universidad de Salamanca, el ilustre maestro de las letras y de la filosofía patria, Fray Luis de León. Muchas veces se ha citado el ya proverbial: «declamos ayer», para significar el convencimiento y el empeño invariable que pudo estar interrumpido por pasajeras dificultades; pero dudo que en ninguna otra ocasión pueda mejor que en ésta recordarse la memorable y rememorada frase.

Con efecto, hace día por día veintiún años, que un ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, cumpliendo una orden de S. M. é inspirado en iguales ideas

(1) Notas taquigráficas del discurso pronunciado el 4 de los corrientes por invitación de la Junta organizadora, por D. C. M. Cortezo.

que hoy nos inspiran, leía ante augustas personas, literatos insignes y numeroso público, un Real decreto que fué firmado en medio de calurosos aplausos en este mismo hogar, y por el cual se imponía la realización casi inmediata del pensamiento de representar, en una obra escultórica, el entusiasmo del alma española por el genio de Cervantes, principalmente representado en un libro inmortal, la aparición del cual se enaltecía en el cumplimiento de su tercer centenario.

Creyóse autorizado entonces el aludido ministro, á recordar que «Hubo un tiempo en que, para significar con gráfica frase el extenso poderío de uno de los ascendientes de V. M., se dijo «que en los dominios del Rey de España no se ponía el sol».

La hiperbólica frase tuvo una exactitud muy pasajera en la realidad material, pero encerraba un profundo sentido profético.

Reveses de la fortuna, expiaciones impuestas por la Providencia, cumplimiento fatal de leyes históricas que ningún pueblo, cualquiera que haya sido su grandeza, ha logrado eludir, vinieron reduciendo aquél imperio, producto del valor y la conquista, á los límites de su cuna y de su hogar primeros; pero juntamente con aquélla grandeza, que abarcaba el planeta, extendióse por él la civilización que el genio español sembrara, y como principal arma suya, la lengua con que enseñamos á otros pueblos á creer y á entenderse en el comercio de la civilización y en el camino del progreso, quedando tanpreciado don como perenne recuerdo de aquél esfuerzo, del sacrificio que con nuestra sangre llevamos por los ámbitos de la tierra, representando la expansión de nuestro idioma un imperio espiritual y civilizador, que el sol iluminará siempre con no interrumpida luz.

Presea y joya estimabilísima, cincelada en esa preciosa habla que civilizó continentes enteros, produjo el genio de Cervantes un libro que simultáneamente saborean hoy en castellano millones de entendimientos, y que traducido á cuantos idiomas se hablan sobre la tierra, es por todos los hombres cultos admirado como flagelador irónico de la alocada fantasía, cáustico corrector del prosaísmo materialista, biblia del humorismo, centón selecto de máximas y documentos, compendio de erudición, gala de discreteos y donaires, despertador ameno de la alegría, ahuyentador constante del tedio y de la tristeza.

A festejar, con pretexto del tercer centenario de su publicación, al libro y á su autor insigne, se levantó alborozada el alma de la Patria, recibiendo de todos los países saludos de fraternal regocijo, que se elevaron con ella en coro de universal alabanza».

Seguían á estas palabras algunos preceptos de organización, encaminados á facilitar la realización del pensamiento, y en los cuales principalmente dominaba la idea de que á este empeño de homenaje al habla castellana, realizado en el más excelso de sus cultivadores, no tenía España el derecho egoísta, aunque sí la obligación iniciadora de la realización, y se recordaba, á los hoy adultos, grandes y progresivos pueblos, á quienes ella llevó su lengua incomparable, que no les olvidaba invitándoles á colaborar de consuno en la realización de la idea.

He aquí explicado el por qué la siempre modesta personalidad del ministro que entonces os habló, á nombre y por inspiración del jefe del Estado, es también hoy quien con igual objeto comienza por recordar el «decíamos ayer».

Y entre las cosas que ayer decíamos, insisto en la

afirmación de que, en realidad, no necesita de monumento quien con su libro inmortal se labró uno *aere perennius*, usando yo, como viejo, de siempre viejas y consagradas palabras.

Verdad es ésta; pero no lo es menos la de que los grandes hombres, por poderosos y grandes que sean, no resultan en la marcha de los tiempos otra cosa que el polvo de la Historia, lo mismo que los más pequeños é insignificantes.

La ciencia geológica nos enseña que las rocas de las altas montañas son conglomerados de infinito número de seres microscópicos, que en un tiempo vivieron, y después de esperar en el lago del olvido, se han endurecido con el calor sucesivo de millares de soles. De esas rocas arranca el arte los bloques marmóreos, que anima y espiritualiza con el cincel y con la idea; tal en la historia, la representación artística, significa la extracción de una figura culminante de en medio de millones de seres que prestan sus olvidados cadáveres, para retratar el genio vivificado por el espíritu de otro genio Creador.

Es necesario sacar la representación del genio de la fría impassibilidad de la roca para que, despertado por la gloriosa diana de las trompas de la Fama, se impresione y vibre para ejemplo y emulación de los vivos.

Es necesario que, cuando dormido en el fondo de la Historia, espere, como en arpa simbólica de Bécquer, la mano que haga vibrar sus cuerdas, no se dé lugar, como ocurrió en el alma de Cervantes, á que esa mano se sustituya con la garra descarnada por la desesperación al sentirse herida por el olvido, llevándose quizás desgarradas las cuerdas mismas que debieron vibrar alborozadas por el agradecimiento.

Preciso es que paguemos nuestras deudas del alma

respecto de los que fueron sus bienhechores en vida. Mi espíritu supersticioso me hace, á veces, considerar como *reaparecidos en pena*, á aquellos grandes hombres que no han recibido de sus sucesores y herederos el sufragio que se les debía, ya que no para aumentar el valor de su obra histórica, para testimoniar el agradecimiento de los que deben sentirle y dar de él muestras innegables.

Sí, señores, yo tengo mis *aparecidos*, sombras amadas que inquietan mis sueños, y agitan mis desvelos, y al frente de ellas me parece ver una que lleva en su única mano válida un libro que yo califico de «el Evangelio de Castilla», porque en él he hallado siempre difundida é impregnándole la divina doctrina de la verdad, y porque en la vida del propagador he creído encontrar una verdadera pasión impuesta por la crueldad de los acontecimientos, el fariseísmo de los coetáneos y el desconocimiento de los afligidos á quienes quería consolar. Pasión cuyo cáliz era aceptado, resignada y noblemente, por el patriotismo y el deseo de redención de un pueblo, cuyo porvenir empezaba á presentarse amenazador.

No sé si alguien tachará de irreverencia esto que os digo comparando la transmisión de la Divina palabra con la expresión casi divina de la palabra de Cervantes; pero yo no puedo menos al leer el *Quijote*, y aun al recordar algunos pasajes de su Numancia y de su Persiles, de encontrar semejanza y sabor de parábola en cada uno de los episodios en que la desinteresada, santa y excelsa fantasía del pobre *sembrador*, tropezaba con los que contestaban á sus nobles sentimientos, unas veces con coces y garrotazos, con pedradas y dietarios otras, ó con burlas despreciables procedentes de los que por más cultos debieran ser tenidos. He halla-

do de los dejes del sermón de la Montaña en sus máximas y consejos á Sancho y hasta he encontrado rigideces de *Decálogo* en la enumeración de las obligaciones impuestas á los ejecutores de la misión de la Andante Caballería, cuando dice: «Tenemos que matar en los gigantes á la soberbia; á la envidia, en la generosidad y buen pecho; á la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza, con andar por todas partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, entre cristianos, famosos caballeros».

Yo, estudiando con verdadera devoción la vida de Miguel Cervantes, y creyendo verle representado en su Ingenioso Hidalgo, me he conmovido también con el relato de sus desventuras, de su pasión amarga que viene á terminar en lecho de dolor, cuando, perdonando á los que sin saber lo que se hacían lo habían perseguido y maltratado, sentía sed de ideal que no se alivió con las hieles amargas del desengaño y las acritudes de la ingratitud, y recomendaba á las personas amadas que adaptasen su conducta á la consecución del bienestar humano y á la perfección y engrandecimiento de la patria.

No creo que haya quien pueda leer sin emoción y numbados por lágrimas los ojos aquel último capítulo de la obra inmortal. En él, señores, debemos inspirarnos y estimar como recomendación sagrada y deber de conciencia, el demostrar que hemos entendido que el loco curado en el momento de su agonía nos ha legado la obligación de demostrar al mundo entero su obra, más que su obra, su significación; y más que su significa-

ción, nuestro agradecimiento á sus sacrificios; y aun todavía más que esto, nuestro arrepentimiento sincero por no haber realizado lo que es, más que un deber patriótico, una imposición del decoro de la raza. Y esta obligación con él contraída se ha resuelto en el hecho de ignorar su tumba, sin que quizá se haya buscado con el debido empeño, y de no elevarle sino pequeños monumentos en su honor. Pesaba sobre él, y pesa hoy sobre su memoria un hado adverso.

En vida, nunca fué amado; ni el calor que le prestó su hogar paterno, ni los afectos fraternales insuficientes, ni las aventuras de Italia, ni su fugitiva pasión en Lisboa, ni la que, como fruto de ella, conservó en su vida en su hija única, tuvieron esa duración, esa asiduidad que constituye el consuelo de los grandes espíritus; se diría que el suyo, rectilíneo en su tendencia ideal absoluta, no había podido lograr con los convencionalismos esféricos del egoísmo y las curvas de la realidad, más que contactos tangenciales.

Porque es indudable: Cervantes conoció la vida épica de Lepanto, los goces juveniles en Nápoles, la vida trágica en Argel, las intrigas y trabajos cortesanos y las rivalidades de sus émulos en los teatros de Madrid y Sevilla, los trabajos y desvíos producidos por un oficio penoso en los campos de Écija; pero en ninguna parte, ni en ningún momento de su existencia conoció ese amor durable y consolador, que es el seguro de asilo de los grandes espíritus atormentados por el mundo.

Pero todo esto debe merecer una corrección en el tiempo. Muchas veces, cuando viajando por las grandes ciudades de Europa, vemos en ellas levantados monumentos á genios que no pertenecen á los pueblos que tal tributo les han rendido, sentimos una impresión de alborozo, considerando que por encima de las

fronteras y las divisiones administrativas y políticas, hay entre los pueblos un sentimiento de solidaridad y de grandeza que enciende y sostiene la admiración hacia los hombres de verdadero valer en la esfera pura é inefable del pensamiento. Pero, aun sin levantar tan alto el vuelo buscando estas relaciones de identidad, lo que no puede negarse es que en el terreno de la comunicación de las ideas y de la utilización del instrumento con que las expresamos, existe algo que nos liga más íntimamente á ciertos grupos humanos, hasta hacernos convencer de que somos unos mismos. La religiosa devoción con que son leídos y estudiados Cervantes, Santa Teresa, Gracián, Quevedo y tantos otros en los países en que su habla es cultivada, se demuestra bien claramente en los que leemos á Rodó, á Zorrilla San Martín, á Rubén Darío, á Amado Nervo y á tantos otros, que en los países hermanos nuestros brillan en número aún mucho más considerable y, por lo menos, con mérito igual que nuestros contemporáneos españoles. Se diría que han querido corresponder al don que les hiciéramos con la tersa lámina de oro de nuestro castellano, devolviéndonosla repujada y enriquecida de preciosas gemas y delicadas filigranas.

A los hijos de estos pueblos tenemos el deber de apelar para colaboración de nuestra obra; no ya solamente para la colaboración material, sino para que en ella conste que la tal obra no es sólo española, en el sentido geográfico de la palabra, sino española y castellana en el sentido espiritual, tal como en Gante, en el monumento de los Hermanos Van Eick; en París, en los monumentos á Shakespeare, á Velázquez y á Franklin, y en tantos otros pueblos se hace ver la contribución que en tales obras han tenido las naciones que, deleitándose con las creaciones de su inge-

nio, no han sido, sin embargo, sus países de origen.

En la religión del genio no hay pueblos extranjeros. ¿Por qué se dará á través de la historia humana este fenómeno, según el cual las naciones divididas por intereses materiales, por ambiciones de preponderancia, coinciden, sin embargo, y se unen en ideales supremos, como las pirámides separadas indefinidamente en la base acaban por coincidir en un punto de vértice, á la manera de las enormes del Egipto? Parece como si sus aristas lisas y rectilíneas subieran á un punto de ápice ideal y cada una de estas aristas, pasando por las materialidades de la solidez y de la construcción, son el arte (que es la belleza), la verdad (que es la ciencia), el amor (que es el humanitarismo), y el progreso (que es la perfección anhelada); y por eso se da con tanta frecuencia el caso de las coincidencias en la admiración rendida á las verdaderas figuras salientes de la Historia. Así, recientes y sostenidas las luchas de España contra todos los demás pueblos de Europa, se rinde al libro del *Quijote* una admiración y un culto inverosímil para los tiempos en que se efectuó, y así vino elevándose el concepto latísimo de tal libro, aun en los pueblos más enemigos del nuestro, como nadie ha dejado de admirar las altas figuras de Pascal, Descartes, Moliere y Corneille, cuando Francia quería dominar el mundo; y así Shakespeare, Newton y Byron han sido siempre considerados como propios por los enemigos más encarnizados de Inglaterra. Cervantes, Shakespeare y Goethe, forman la sublime trinidad creadora de los tres arquetipos insuperables de la literatura de todos los tiempos. En Don Quijote, en Hamlet y en Fausto ha venido á realizarse la concentración espiritual de la más alta expresión, y de la más perfecta forma de las aspiraciones, de los

tormentos y las esperanzas del alma humana, simbolizadas en tres figuras que palparán por siempre en el pensamiento de la humanidad.

El desvarío de Don Quijote se realiza en el alma de Hamlet en una pasión real, que vacila hacia el suicidio y que encuentra determinación en la copa del doctor Fausto y en la pistola de Werther; se diría que el personaje es el mismo pasado por los accidentes y peripecias del drama amplificado.

El Quijote nace en la cumbre de un poderío: por eso es mayor su desvanecimiento; Hamlet se engendra en el comienzo de la civilización que todavía hoy realiza su grandeza; Fausto es el espíritu que busca indeciso la realidad de su ambición, sintiéndose capaz de alcanzarla, ha llegado á los refinamientos artísticos y oscilando en los logros materiales de la fuerza y el poder; Don Quijote lleva en su bagaje el cetro de la hegemonía de Europa, y nuevos mundos para recorrer en sus aventuras; Hamlet encierra en sí mismo los sufrimientos de un espíritu de todos los tiempos y de todas las civilizaciones; Fausto es el Quijote alquimista medioeval, que tras las luchas de un espíritu insaciable y con la misma ayuda del infierno, logra, á lo menos por algún tiempo, la paz regalada de la corte de Weimar y el final tranquilo de una vida serena oyendo las armonías de Mozart y de Beethoven, escuchando los versos de Schiller, recibiendo los cuidados amorosos de Príncipes y amigos en agonía serena y contempladora de la inmortalidad reconocida y, sin embargo, pidiendo siempre en su última palabra «luz, más luz», como en el exlibris del Quijote, se expresa simbólicamente la misma idea diciendo: *Spero lucen post tenebra.*

El Quijote fué producto de un ingenio llegado á toda su madurez, dado que vió la luz cuando su padre

frisaba la edad de cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años y tiene el tal libro la innegable condición de que si despierta regocijo en el lector adolescente y aun en el niño, determina deleitosa sensación en el joven, y cuando produce admiración y embeleso, es cuando el leyente ha llegado á la edad madura semejante á la del padre que le engendró. Veo en esto uno de tantos puntos de relación entre los fenómenos individuales y los históricos y colectivos: el Quijote fué primeramente estimado como obra de entretenimiento y de solaz por la nación en que se publicara; después se generalizó con el aplauso y penetró en el corazón de los diversos pueblos como obra de moral, de política y de provechosa enseñanza, y hoy se ofrece á la admiración entusiasta del pensamiento filosófico, como el más sublime de los partos del ingenio humano, estimado y ponderado por éste en la plenitud de su desarrollo.

Quizás la tardanza de conceder el justo homenaje á Cervantes ha obedecido á una ley implícita y subconsciente, que nos llevaba á esperar que el mundo pudiera darse cumplida cuenta del valor de lo que había de premiar y del precio que siempre tuvo, aunque no siempre le fuera reconocido.

Y al fin, lo fué. Y si hoy contáramos las obras de interpretación y de alabanza que han sugerido por su lectura de las de Cervantes, quizás tuviéramos que ruborizarnos los españoles al ver figurar en menor número las nuestras, comparadas con las extranjeras. ¿Quién, para no mencionar más que genios universalmente consagrados, no recordará con orgullo, las menciones entusiastas de Byron en su Don Juan, y los enternecedores párrafos en que Heine describe sus impresiones de adolescente en su libro «La Alemania», cuando refiere minuciosamente las angustias que sentía su

alma juvenil al ver cómo en el hidalgo manchego resultaba denostada, apaleada, maltrecha y escarnecida, la aspiración ideal á la perfección de la justicia, de la belleza y del ideal humano? Yo puedo afirmaros que nada he leído de cuanto se ha escrito acerca de Cervantes y del Quijote, que me haya llegado tan al fondo del corazón como estas páginas del romántico alemán.

Pero dejando aparte, si podéis hacerlo, el aspecto sentimental de la obra cervantina, pensad en lo que tiene de enseñanza y de filosofía de la historia. Recordad el momento en que está escrita: cuando aún no se habían apagado los júbilos victoriosos de Pavía, el Garelano y San Quintín y podían empezar á presagiarse los desastres de Rocroy y de las Dunas; cuando Lepanto nos colocaba en el ápice del poder naval, y el desastre de la Invencible señalaba el comienzo de una dolorosa decadencia. Entonces escribe Cervantes: entonces puede adivinarse en su amarga ironía la realidad profética que vislumbraba y que vislumbraba inútilmente, porque los milagros históricos son más fáciles de realizar que de mantener en sus efectos, y los pueblos y las razas no se salvan sino cuando ellos quieren ser salvados, y en sus retrocesos y huidas ó pasan por encima de los salvadores, ó crucifican á quienes les quieren redimir.

Enseñanza y coincidencias grandes las del Quijote; releed, pues ya le habréis admirado y leído el libro del insigne y malogrado Navarro Ledesma, y sobre todo, leed en él meditándole, aquel bellísimo capítulo en que se describe el período trabajoso de la vida de Cervantes, cuando como recaudador de alcabalas y tercias y como provisor de las galeras de la *Grande Armada* recorre pueblo por pueblo y caserío por caserío, todos los del Andalucía, sufriendo la resistencia altanera de los hi-

dalgüelos poblerinos, la medrosidad hostil de los plebeyos y hasta las censuras y excomuniones del clero. En esta época de su pasión es cuando, á mi juicio, se concibió el Quijote, que si en la cárcel de Argamasilla fué *escrito*, en los cortijos y poblaciones de Ecija y Sevilla fué *vivido*.

Allí y entonces se engendró sin duda, y ved lo que son las lecciones de la Historia; allí y entonces y, por la misma mano, se recogían los elementos de vida material para una Armada que había de subyugar el mundo y vencer á la herejía, y una noche de borrasca bastó para demostrar lo que tienen de deleznable é inseguro los proyectos humanos que se fundan en el poder material de la fuerza; mientras que allí y entonces, se engendró simultáneamente esta obra espiritual del pensamiento que ha subyugado al mundo, obligándole á la alabanza de su autor. Una noche de tempestad destruye la Invencible: ¿Cuántos siglos pasarán para que llegue á ser eclipsada la fama del Quijote?

Cuando menos nosotros, los españoles de nación y de raza, los idealistas de todos los pueblos, debemos procurar que todos vean nuestro entusiasmo materialmente cristalizado y plasmado en un monumento digno de Cervantes.

Es preciso que el viajero y el peregrino, al llegar por las pendientes de la Metrópoli española, vea como el navegante que desembarcaba en el Pireo, brillar algo que luzca como la lanza de Athenea Promacos y que este dorado fulgor surja de aquel aureo yelmo de Mambrino, que cubriendo la cabeza del hidalgo manchego, simbolizará una esperanza de idealismo, de justicia, de regeneración y pueda decir con entusiasmo: «salve, madre España, salve, Cervantes».

He dicho.

